

Granger, G.G., *Invitation à la lecture de Wittgenstein*. Editions ALINEA. Aix-en-Provence, 1990, 275 pp.

A pesar de haber visto la luz con un cierto retraso, el libro de Gilles Granger cuya reseña ahora ofrezco no es ni mucho menos superfluo. La fluidez y la elegancia de la prosa con que está escrito, aunadas al manejo técnico de temas y propuesta wittgensteinianos, hacen que el libro resulte interesante de principio a fin. Encontramos en él más que una reconstrucción detallada del *corpus* total de la filosofía de Wittgenstein (que es lo que nos dan, por ejemplo, los Hintikka en *Investigating Wittgenstein* o N. Malcolm en *Nothing is Hidden*), una serie de ensayos sobre unos cuantos temas, pero que sin duda alguna constituyen una excelente presentación de posiciones de Wittgenstein y que rebasan con mucho el nivel de la mera introducción para principiantes. Todo lector de este libro quedará convencido (si por alguna extraña razón no lo estuviera ya) no sólo de que el pensamiento de Wittgenstein es en verdad interesante, vigente e imposible de soslayar, sino también difícil de seguir y de comprender.

El libro está dividido en dos partes (*Les Cheminements du Philosophe* y *Etudes*), pero nosotros podemos hacer caso omiso de esta clasificación y verlo simplemente como constituido por 14 ensayos. La mayor parte de ellos versan sobre la filosofía del *Tractatus Logico-Philosophicus*, un par de estudios están dedicados a la última filosofía de Wittgenstein y uno está consagrado a la filosofía de las matemáticas del Wittgenstein intermedio. Los artículos están todos llenos de aclaraciones pertinentes, de observaciones sutiles (que son siempre un deleite para el especialista) y, tal vez lo más importante, en general constituyen exposiciones fieles del pensamiento del filósofo austriaco. De la gran obra de Wittgenstein, los temas que acaparan la atención de Granger son, básicamente, los siguientes:

- 1) el carácter de las matemáticas y la lógica
- 2) la estructura del lenguaje
- 3) la naturaleza del pensamiento
- 4) cuestiones de metodología

Examinemos brevemente las reconstrucciones de Granger respecto a cada uno de los temas mencionados.

Quizá lo mejor sea empezar por considerar el excelente artículo 'Was in Königsberg zu sagen wäre...' ('Lo que habría que decir en

Königsberg...'). Con esta frase habría empezado Wittgenstein sus indicaciones a Waissman de lo que éste en principio tenía que decir en el congreso internacional de filosofía de 1930 para presentar los lineamientos centrales de su nueva concepción de las matemáticas. Recordemos que lo que Granger estudia aquí es el pensamiento de un Wittgenstein pletórico de ideas nuevas, brillante y profundo a la vez. El autor se ocupa de tres grandes temas, todos ellos presentes de modo particularmente vivo en aquella época:

- a) semejanzas y diferencias entre ecuaciones y tautologías
- b) el *status* ontológico de los objetos matemáticos
- c) el problema de las contradicciones en las matemáticas

Es obvio que, en éste como en muchos otros casos, el blanco de los ataques de Wittgenstein es de modo evidente la filosofía de Bertrand Russell (en esta ocasión su logicismo). Desde la perspectiva de Wittgenstein, el asunto delicado es el de detectar y hacer explícita la especificidad de los enunciados de la lógica, por una parte, y de las matemáticas por la otra, al tiempo que se reconoce su estrecha vinculación, su "relación interna". Granger señala, con razón, que "*Le problème de la distinction et de l'équivalence de la logique et des mathématiques est l'une des plaies gardées à demi-secrète de la philosophie du Tractatus*" (p. 203). El punto que Granger enfatiza al tratar de establecer la equivalencia entre la lógica y las matemáticas es el de que en ambos casos nos las habemos con mecanismos que ponen de manifiesto reglas de gramática, pero la diferencia entre ellas procede del hecho de que se trata de dos clases diferentes de reglas. Las de la lógica son reglas de sintaxis, mediante las cuales se circunscribe el reino de lo decible; las de las matemáticas son reglas de un carácter más operativo: nos indican las transiciones posibles de una forma lógica a otra. "*Le point de vue des fonctions de vérité, qui est celui de la logique, consiste à considerer l'opérateur comme transformant une valeur de vérité; le point de vue mathématique consiste à envisager les concaténations d'opérateurs, supposant bien entendu que domaines et valeurs des opérations donnent à cette concaténation un sens*" (p. 207). Granger recoge las corrosivas críticas de Wittgenstein en contra del logicismo de Russell y Frege (y de otras escuelas de fundamentos de las matemáticas): la confusión entre descripción y cálculo, función y operación, definición y método de verificación, signo y símbolo, etc. En relación con el *status* de los

supuestos objetos matemáticos, Granger muestra cómo Wittgenstein nos ofrece lo que efectivamente es una nueva opción, por lo demás perfectamente integrable al resto de su pensamiento. La perspectiva de Wittgenstein hace ver que sólo una confusión muy grande podía haber llevado a concebir a los números como objetos. “*Ce qu'on pourrait appeler objet mathématique n'est donc pas représenté par le symbolisme mathématique; les mathemata sont les symboles eux memes, non pas certes en tant qu'assemblages empiriques de signes, mais en tant que système de renvois à des règles*” (p. 212). Granger hace ver también cómo la concepción de la forma lógica, de las propiedades esenciales del lenguaje, la doctrina de los conceptos formales, etc., le permiten a Wittgenstein elaborar un destructor (y exitoso) ataque sobre el programa formalista de Hilbert. Particularmente interesante es el recordatorio de que la inducción era para Wittgenstein, al igual que para Poincaré, “*la règle constitutive du jeu arithmétique*” (p. 218). Encontramos, asimismo, una muy buena exposición de la concepción wittgensteiniana del número. Finalmente, Granger reconstruye el ataque de Wittgenstein a la idea de que un cáncer (las famosas contradicciones) amenaza constantemente a las matemáticas. En gran medida, la posición wittgensteiniana surge, como bien lo señala Granger, de la doctrina de la imposibilidad del meta-lenguaje (de esta doctrina me ocupó más abajo). Muy importante, aunque breve, me parece la discusión de Granger en torno a lo que algunos han querido ver como una refutación de Wittgenstein con base en los avances de Gödel. En relación con esto, el autor no titubea: “*Mais, à le bien prendre, la conception que le philosophe nous propose n'est pas véritablement mise en échec par les accomplissements gödeliens*” (p. 230). Los temas, claro está, se prestan a una discusión mucho más extensa y detallada, pero es mérito incuestionable de Granger el haber pintado un cuadro suficientemente exacto y “operativo” del panorama de la filosofía de las matemáticas de Wittgenstein de los años 30.

Uno de los temas sobre los cuales Granger regresa una y otra vez es el de la posibilidad o imposibilidad del meta-lenguaje. Mucho de lo que dice a lo largo del libro está recogido en el ensayo ‘Wittgenstein et la Métalangue’. Una idea oculta de Granger parecería ser la siguiente: es preciso dar una explicación minuciosa del rechazo por parte de Wittgenstein de algo que, intuitivamente al menos, es incuestionable, pues de lo contrario se corre el riesgo de convertirlo en un pensador que defiende puntos de vista insostenibles. La

estrategia de Granger consiste en argumentar, en primer lugar, que el rechazo se limita, estrictamente hablando, al período del *Tractatus*. En este caso, empero, el por qué del rechazo de Wittgenstein de un meta-lenguaje es claro: se supone que un meta-lenguaje sirve para enunciar las propiedades esenciales del lenguaje objeto. Ahora bien, esto no puede hacerse en el caso del lenguaje natural porque ¿qué podría funcionar como plataforma para *desde ella* hablar del lenguaje natural considerado como un todo? Por otra parte, Granger observa atinadamente que “*l’illégitimité —l’impossibilité logique— d’une métalangue en général, ne saurait être confondue avec le non-sens spécifique dérivant d’une auto-référence de la proposition*” (p. 160). Granger sostiene que la tesis de la imposibilidad del meta-lenguaje tiene dos consecuencias importantes: a) las tautologías pierden su carácter de proposiciones genuinas y se convierten en proposiciones límite, en formas de prueba. Es por medio de ellas que se refleja la forma lógica de la realidad (p. 226), y b) los enunciados matemáticos, que también exhiben la forma lógica del mundo, se revelan como pseudo-proposiciones. Granger de nuevo aborda la cuestión de la diferencia entre ambas clases de enunciados. He aquí su interpretación, la cual me parece correcta: “*Dans le Tractatus, l’énoncé mathématique est alors un cas particulier de ces énoncés vides qui, n’étant pas des non-sens mais des formes limites de la proposition légitime, tiennent la place d’énoncés métalinguistiques inadmissibles. Les tautologies dessinent le cadre des combinaisons propositionnelles possibles; les équations désignent certaines opérations linguistiques*” (pp. 163–64).

Según Granger, la concepción del lenguaje que se deriva de las *Investigaciones Filosóficas* obvia el problema del meta-lenguaje. A pesar de citas bastante precisas, Granger se pregunta de todos modos si “*la mise à nu des règles d’usage, la description des ‘faits grammaticaux’ ne constitue pas une réhabilitation de l’usage métalinguistique du langage*” (p. 167). En otra parte del libro, es más explícito: “*Il serait inexact de dire que les Recherches Philosophiques sont à cet égard l’expression d’un repentir. Mais depuis qu’on a reconnu la pluralité des jeux de langage, il faut admettre pourtant que le méta-discours est lui aussi un tel jeu, complètement distinct sans doute du discours sur les faits du monde, mais légitimé apparemment en tant que système de règles parmi d’autres*” (p. 112). El titubeo de Granger es, creo, innegable. Ello se debe a que, por una parte, no encuentra afirmaciones de Wittgenstein que de modo inequívoco autoricen la idea un

meta-lenguaje, pero, por otra parte, es este reconocimiento lo que de alguna manera le permite a él construir, de un modo un tanto heterodoxo, una justificación del discurso filosófico. Pero lo que Granger afirma no basta para lo que él quiere: el que la noción de forma lógica ya no sea útil y sea reemplazada en parte por la noción de juego de lenguaje no implica que no haya restricciones para éstos. Es simplemente falso que todo lo que a primera vista es un genuino juego de lenguaje efectivamente lo sea. Hay, claro está, un cambio radical de criterios en el pensamiento de Wittgenstein para la justificación o invalidación de algo como un sector del lenguaje: ya no es la lógica, sino la praxis lo que determina si algo es significativo o no. Así, puede haber a primera vista algo que identificamos como un juego de lenguaje meta-lingüístico, pero esto no asegura que se trate de un juego que cumpla una función real o auténtica. Bien podría ser que la problemática misma se trivializara y que pudiéramos entonces hablar, si nos empeñamos en ello, de un meta-idioma, mas no de un meta-lenguaje (en el sentido clásico y fuerte de la expresión), entre otras razones porque la idea misma de lenguaje se ha transformado radicalmente.

Una labor muy útil es la que el autor lleva al cabo en el artículo '*Logisch-Philosophische Abhandlung et Logischer Aufbau der Welt*'. Se trata, como el título mismo lo indica, de una confrontación de los puntos de vista en torno a la lógica desarrollados por Carnap y Wittgenstein en sus ya célebres libros. Desde el punto de vista de la historia de las ideas, éste es un trabajo realmente original. Granger estudia lo que los dos filósofos nos dicen acerca del *status* de la lógica, el lugar que ocupa dentro del cuerpo de conocimiento disponible, su relación con el lenguaje así como lo que todo ello permite inferir respecto a sus estilos filosóficos. El autor destaca con gran tino las diferencias en relación con nociones como las de forma, mundo, ciencia, experiencia, etc. La reconstrucción y el contraste son impecables y una vez más afloran los temas ya considerados: las relaciones entre las matemáticas y la lógica y la cuestión de la posibilidad de un meta-lenguaje (tema en relación con el cual las posiciones de Carnap y Wittgenstein son, como es bien sabido, diametralmente opuestas). Las reflexiones finales de Granger dan una idea bastante clara del contenido y el tenor de su exposición. Al referirse a los proyectos filosóficos de Wittgenstein y Carnap, Granger señala que "*L'un, reconnaissant l'inadéquation d'une position logique du problème de la forme générale de la proposition élémentaire, développe une explora-*

*tion des 'jeux de langage'. L'autre, conscient des obstacles rencontrés par un projet de Constitution logique universelle du monde empirique, et mieux averti des apories du langage formel, s'engage d'abord dans la construction d'une sémantique pure, puis dans l'analyse des conditions précises de la Gesetzmäßigkeit de l'empirie, en tentant de fonder une logique inductive"* (p. 258). El artículo es un bonito ejemplo de reconstrucción histórica y de reflexión personal, puesto que la estructura de la exposición no es el resultado de una simple transferencia del orden del contenido de los libros de los que se ocupa.

De los trabajos del libro que no habían sido publicados previamente hay uno que vale la pena comentar: "*La Méthode des Recherches Philosophiques*". El objetivo de Granger en estas páginas es el de esclarecer la noción de juego de lenguaje, lo que podríamos tal vez llamar, en aras de la brevedad, la 'doctrina wittgensteiniana del pensamiento' y (¿cómo podría faltar?) la naturaleza de la filosofía. Empero, a pesar de ser temas que han sido discutidos en incontables ocasiones y aunque en última instancia es poco lo que se nos dice, la aportación de Granger es más que una mera repetición. Vale la pena notar que la crítica wittgensteiniana a toda clase de formalismos en filosofía del lenguaje está bien planteada. Granger nos recuerda que el método de los juegos de lenguaje no se limita a una mera descripción de los ya conocidos: este método permite *imaginar* nuevos juegos de lenguaje (la posibilidad y la utilidad de la antropología wittgensteiniana dependen de ello). Ello nos permite, además, liberarnos de la experiencia inmediata (p. 99): la descripción wittgensteiniana no es una mera colección de hechos, sino también de posibilidades. Hay también algunas reflexiones interesantes sobre el muy complejo e importante pero escurridizo concepto de forma de vida. Tal vez el único punto controvertible en estas secciones sea la atribución a Wittgenstein de un *a priori* lingüístico. Hablando de él, Granger dice: "*Ce qu'il cherche, ce sont les conditions a priori d'un usage symbolique...*" (p. 102). Esto me parece, en el mejor de los casos, equívoco y, más probablemente, falso. El enfoque del último Wittgenstein es decididamente anti-formalista y anti-apriorista. Suponer que puede haber algo inferible *a priori* en relación con el lenguaje equivale a pensar que podemos adivinar qué prácticas moldearán la vida de los hombres en el futuro o a qué necesidades se verán sometidos. Esto, sin embargo, es una ilusión. Se sigue entonces que nada filosóficamente importante podemos inferir *a priori* en relación con el lenguaje, puesto que este surge precisamente de

los requerimientos humanos y su significado es una función de las actividades en conexión con las cuales se le practica. En cuanto a la presentación de las ideas de Wittgenstein sobre el pensamiento, la exposición de Granger es magistral: no se trata de investigaciones empíricas, sino *gramaticales*, no se asume una posición conductista, no hay tal cosa como la esencia del pensamiento, este no es un proceso, etc. También en relación con la reconstrucción de la concepción wittgensteiniana de la filosofía hay poco que criticar: todo lo que se nos dice es claro y está bien resumido. Esto, creo, podríamos decirlo en general de todo el libro.

Un rasgo positivo del libro de Granger es que combina prosa fina con tecnicismos filosóficos. Lo que esto de golpe revela son las inmensas potencialidades de la formación francesa cuando se le combina con la formación analítica. Granger, como ya se sabe, es un pionero en este sentido (junto con Bouveresse). A diferencia de lo que sucede con muchos libros (incluso buenos) escritos por filósofos y exégetas de lengua inglesa, Granger se mueve con facilidad por los dominios de la filosofía continental, lo cual le permite trazar comparaciones, asociaciones, etcétera que son sumamente útiles e ilustrativas (e.g., la confrontación con Husserl es interesante y sugerente) y que están ausentes en la mayoría de los estudiosos anglo-sajones. Es evidente, por la temática, que el libro refleja el interés del autor por Wittgenstein, pero también sus propias inclinaciones filosóficas. El pensamiento de Wittgenstein abarca muchísimo más de lo que Granger estudia y tal vez algo en este sentido se podría haber dicho al principio. Más que un libro que anuncie novedades insólitas, descubrimientos inesperados, interpretaciones insospechadas, lo que Granger nos da es una sana síntesis, reconstrucciones claras, una visión personal, a la cual dan forma años de discusión sobre los temas que él estudia. Esto último me hace sentir que falta algo en el libro de Granger y es la dimensión de debate y discusión con otros autores, con otros especialistas. En esto, Granger no se asemeja mucho a los filósofos de la tradición analítica. Pero independientemente de esta carencia, el libro es, pienso, una gran contribución en el contexto de la filosofía francesa actual y constituye una lectura útil para cualquier persona interesada seriamente en la filosofía de Wittgenstein. Creo, pues, que hay que agradecerle a Granger la invitación que nos hace y, más importante aún, hay que aceptársela.

ALEJANDRO TOMASINI BASSOLS